

XII Congreso Latinoamericano de Espiritualidad «Teresa de Jesús, Discípula Misionera en América Latina»

CONCLUSIONES GENERALES

Entre el 14 y el 19 de noviembre de 2011, más de 150 miembros de la familia carmelitana de América Latina, nos hemos reunido en Santo Domingo, República Dominicana, para participar en este XII Congreso Latinoamericano de Espiritualidad convocado por la CICLA y atendiendo a un doble llamado: de una parte, el que, desde la V conferencia del CELAM de Aparecida, nos convoca a ser discípulos misioneros de Cristo en la realidad actual; de otra, la invitación de la Orden de los Carmelitas descalzos que, en el Capítulo General celebrado en Fátima el 2009 nos emplazaba a confrontarnos, durante los años previos a la celebración del V Centenario de su muerte, con los escritos de Santa Teresa de Jesús, fuente de nuestro carisma y nuestra vida.

Como miembros de la familia teresiana, sólo podemos responder al llamado de Aparecida desde nuestro carisma particular, fundado en las experiencias místicas de la Santa Madre Teresa; como carmelitas latinoamericanos y latinoamericanas, sólo podemos entender nuestra vocación teresiana como servicio a la Iglesia y al Pueblo en el que caminamos.

Por ello, ambos llamados se imbricaban providencialmente y nuestro trabajo se orientaba a proporcionarnos pistas que nos permitiesen ofrecer lo que somos, hijos de Teresa de Jesús, a la empresa de discipulado y misión que reclama ahora la realidad latinoamericana.

Estas conclusiones, elaboradas a modo de tesis, quieren recoger lo que ha sido nuestra reflexión a lo largo de estos seis días, de modo que las hermanas y hermanos con los que las compartimos puedan participar con nosotros del fruto del trabajo, la oración y la celebración que hemos vivido durante el Congreso.

1. Mirando a la realidad que nos rodea

a. Llevados de la mano del análisis sociológico y filosófico de nuestra sociedad e iluminados por los trabajos de Aparecida, reconocemos que nos encontramos ante un mundo opaco, por difícilmente comprensible. Ya no se admiten explicaciones globales que den respuesta a la pregunta por el sentido, y el hombre y la mujer de hoy se abandonan a lo cotidiano entendido de manera unilateral: es válido, se dicen nuestros contemporáneos, lo satisfactorio e inmediato. Olvidadas las grandes referencias, el individuo padece el riesgo de perderse en la auto-referencia y Dionisos, el dios del hedonismo, ha tomado el relevo de Prometeo, el hombre que se creía capacitado para poseer el secreto de los dioses.

b. Aunque un estudio de la realidad socioeconómica de nuestros países corre el riesgo de caer en la parcialidad y la simplificación, reconocemos algunos datos de inte-

res que pueden generalizarse: si bien las cifras macroeconómicas nos hablan de crecimiento en muchas de las naciones latinoamericanas, lo cierto es que ello no se refleja en la vida de las personas. La crisis económica global también afecta a Latinoamérica, por cuanto los países más ricos consumen menos y las remesas de los emigrantes latinoamericanos en ellos disminuyen. Así, las desigualdades económicas se acentúan y ello genera una realidad de violencia provocada por las diferencias entre ricos y pobres. Crecen el desempleo y el número de jóvenes que no estudian pero tampoco tienen trabajo; los migrantes sufren el rechazo de los desempleados y la explotación de quienes buscan enriquecerse rápidamente, mientras el aire político se muestra contaminado por la corrupción, el populismo y el clientelismo, tornándose incapaz de presentar soluciones a las situaciones de crisis que se presentan. El medio ambiente, además, se degrada, presionado por la voluntad humana de obtener riquezas inmediatas sin pensar a medio y largo plazo.

c. La mujer sufre especialmente este ambiente de crisis. No existe la equidad salarial entre varones y hembras y ellas han de cargar con el peso de la conciliación entre el trabajo del hogar y el profesional. Pero también hay otras situaciones más extremas, de explotación y violencia física y sexual, en un ambiente marcadamente patriarcal. La familia se desestructura y deja de ser un ámbito de crecimiento saludable para la persona para convertirse en ambiente traumático y de división.

d. No obstante, reconocemos en nuestro mundo algunas señales positivas: hay una sed de espiritualidad cierta y real; la pregunta por el sentido, aun oculta, termina por presentarse y exige respuestas, pues es inesquivable; el ser humano se pregunta por el futuro cuando reconoce que su comportamiento ante el medio ambiente le condena a unas condiciones de vida mucho menos saludables. En todas partes se reclama una vida más serena, familiar y pacífica, se rechaza la violencia, surge el escándalo y la reivindicación pacífica ante la violencia que sufren las mujeres.

2. *La respuesta de Aparecida*

a. A la vista de esta realidad, la V Conferencia del CELAM en Aparecida nos llama a ser testigos de una nueva realidad posible, fundada en el encuentro con Cristo. «El cristianismo es Cristo», como afirmaba Monseñor Óscar Romero. También Benedicto XVI nos ha enseñado que la fe cristiana no es fruto de un proceso de reflexión o del asentimiento a una serie de normas y leyes, sino, sobre todo, el reconocimiento de la persona del Señor como Aquél capaz de cambiar y reorientar mi vida, exigiendo desde el amor nuestra total configuración con él.

b. Jesús sigue llamando hoy, como lo hizo en Galilea, para que los discípulos estén con él, le escuchen, le miren y le sigan. Hoy él nos ofrece ámbitos de encuentro en el seno de la Iglesia: la lectura de la Palabra, la celebración de los sacramentos, la comunidad viva, la religiosidad popular, etc. Él crea espacios de fraternidad, comunidades vivas que son portadoras de vida. El encuentro con Cristo no supone una llamada a escondernos, a apartarnos del mundo y de sus problemas, sino a lanzarnos a la construcción del Reino de la vida, porque la experiencia del encuentro con Jesús nos lleva al corazón del mundo. Discípulo y misionero no son realidades contrapuestas, sino dos caras de una misma moneda. La vida en Cristo sana, humaniza y fortalece todo y con-

vierte a la Iglesia en una realidad atractiva, nos hace vivir de tal modo que todos se sientan atraídos por la Buena Nueva. E impulsa a la Iglesia a acompañar y promover la vida de quienes son «rostros de Cristo»: los pobres, imagen del Cristo sufriente.

3. *Nuestra respuesta como carmelitas teresianas*

a. Como queda dicho más arriba, los hijos de Santa Teresa sólo podemos articular una respuesta a la situación latinoamericana, en sintonía eclesial con el llamado de Aparecida, desde la vida y experiencia de aquella a la que reconocemos como Madre y fundadora. En este Congreso hemos tratado de reflexionar sobre ello y mostrar que es posible.

b. Al mirar a Santa Teresa y situarla en su contexto social, la descubrimos como mujer, marcada por tres sellos de marginación: el que proviene de su origen racial (judeoconversa), el que provoca su orientación eclesial (espiritual) y el que se sigue de su condición femenina. Lejos de dejarse arrinconar, Santa Teresa ha hecho una propuesta basada en la experiencia de su liberación personal, no en el resentimiento, que nace del encuentro con Dios que la asume en su debilidad y su pobreza, que la ama más allá de sus méritos.

c. Frente a las injusticias de su tiempo, esclavo de la honra y del prestigio buscado a toda costa, Teresa ha articulado una respuesta que abre al hombre y la mujer la posibilidad de crear espacios de libertad, fundada en la formación y en el amor compartidos, que hace protagonista al individuo de la obra de construcción de sí mismo y la sociedad sobre la base de valores que van más allá de la consecución de placeres inmediatos: el amor de unos con otros, el desapego de todo y la humildad.

d. La respuesta a la que como creyentes nos llama Aparecida, ser discípulos misioneros, se presenta en la vida de Santa Teresa como un proceso. Así, escucharla facilita para nosotros la exigencia eclesial: primero hemos de ser discípulos y ello nos convertirá en misioneros.

e. En Teresa, todo comienza con un encuentro; el encuentro con Jesús, bajo la forma del Cristo muy llagado que, dando la vida por nosotros, por ella, nos enseña que antes de conquistar hemos sido conquistados, que antes de mirar hemos sido mirados por unos ojos llenos de misericordia y compasión frente a nuestras incapacidades y debilidades.

f. El discípulo no existe sin referencia a un maestro. Para Santa Teresa, el Maestro es Cristo, Libro Vivo que habita en su interior, en el que ha de sumergirse para encontrarle. La experiencia teresiana no deja lugar a lo meramente subjetivo y vago: se contrasta con la Palabra de Dios, su alimento y sustento, y la vida sacramental: Eucaristía y Penitencia, asociada frecuentemente a la dirección espiritual, y son lugares de encuentro con el Señor que le da vida y la invita a ser fuente de vida.

g. Particularmente, hemos reflexionado acerca de su relación con la Palabra de Dios. Teresa la lee como hija de la Iglesia, a pesar de las dificultades que los teólogos ponían al acceso de las mujeres a la Escritura. La Biblia será para ella verdad y amor que la fundamenta, luz que alumbra el propio itinerario vital y le da consuelo y fortaleza.

h. De su experiencia nace el llamado a ser maestra o, por mejor decir, vehículo a través del cual se exprese el único Maestro, Cristo. En sus obras, particularmente en *Camino de perfección*, Santa Teresa se convierte en mediadora entre Jesús y sus hermanas, crea un lugar en el que Él puede ser escuchado por aquellos y aquellas que se deciden a seguirle. Ofrece, así, un ámbito a Cristo, para que su palabra cree una nueva forma de ser, de amar. En pequeños espacios, casi sin hacer ruido, las primeras mujeres que escuchan la palabra de Teresa se sienten convocadas a transformarlo todo, a ofrecer una alternativa a la realidad que parece imponerse, una alternativa que es vida frente a un mundo de muerte.

i. Hay en Teresa de Jesús, por tanto, una vocación al magisterio que nace de su vinculación al único Maestro, Jesús. Ella quiere ser pedagoga; Aunque no use el término educar, sí maneja toda una serie de expresiones que podemos comprender sinónimos de aquél: dar el ser, dar consistencia, criar, hacer crecer, labrar, etc. Esta labor pedagógica que desarrolló en vida, se continúa en sus obras: a través de ellas somos invitados a vivir su misma experiencia y a comunicarla a los otros con la misma sabiduría con la que ella la comunicó.

j. Nacen así las comunidades teresianas. Primero de monjas y frailes, pero también de laicos que se reúnen a compartir una experiencia común fundada en la palabra de la Santa. Ella nos llama a vivir el Evangelio de Jesucristo siguiendo su ejemplo, con radicalidad y exigencia. Como carmelitas teresianos estamos convocados a ser familia, poniendo a Cristo en el centro del hogar y tomando como norma suprema el Evangelio; Teresa nos exige también ser misioneros y apóstoles puesto que debemos servir al Señor en la Iglesia con la oración, el apostolado y la santidad de vida. Desde estas notas, nuestras comunidades no pueden entenderse si no es desde una radical llamada al servicio a los otros: las comunidades teresianas son familias de laicos, monjas y frailes que viven en comunión y amor y, por ello, se comprometen con el otro en su liberación.

k. Así pues, la experiencia teresiana del Cristo que acoge la vida y la mira con compasión, aceptándola, se convierte en impulso misionero. Es cierto que el encuentro con el franciscano fr. Alonso de Maldonado ayudó a Teresa a conocer la realidad de tantas personas que morían sin conocer a Jesús, pero el tesoro que descubrió al saberse descubierta por Él fue, sin duda, la base más sólida de su empeño misionero, de su deseo de *salvar almas*, llevando al conocimiento de Cristo a tantos cuantos permanecen ajenos a su acción salvífica.

l. Aparecida, por tanto, estimula la vivencia de nuestra condición de discípulos misioneros a la luz de la espiritualidad teresiana, como oferta a un mundo que tiene sed de la experiencia. Estamos llamados, ya desde el Concilio, a caracterizar carmelitanamente todos nuestros apostolados; el proceso ha sido largo, y ha tenido que vencer la tentación del espiritualismo que apaga la espiritualidad, pero merece la pena mirar al pasado para comprender mejor el presente y proyectarnos al futuro; de la mano del P. Camilo hemos hecho ese recorrido, que ha traído a nuestra memoria nombres de religiosos e instituciones venerables que han contribuido a la difusión y conocimiento de la espiritualidad del Carmelo teresiano y al desarrollo de una praxis liberadora que contribuya a la síntesis entre contemplación y acción, entre espiritualidad y compromiso, entre oración personal y oración litúrgica.

m. Aun queda camino por recorrer: se ha de perseverar en la inclusión de categorías femeninas en nuestra espiritualidad; debe asumirse la espiritualidad de las culturas marginadas; es necesario compartir nuestra experiencia con el laicado asociado y la Orden Seglar; debemos aprender a usar más y mejor los nuevos medios de comunicación social; los candidatos deben prepararse para la pastoral de la espiritualidad; se debe fomentar una mayor colaboración entre las circunscripciones; releer a nuestros místicos para acercarlos a nuestra época; y tener a María como modelo del discípulo misionero, madre de la fe y de la esperanza. Todas ellas son algunas de las tareas que quedan por hacer.

4. *El Centenario teresiano, una ocasión que no debemos perder*

a. La Orden se encuentra en camino a la preparación del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. Este acontecimiento nos ofrece una ocasión inmejorable.

b. Es el momento de promover, en nuestras naciones, un encuentro con la figura de Santa Teresa de Jesús, que, como hizo con las primeras carmelitas descalzas en San José de Ávila, también nos llama a nosotros a reconocernos capaces de descubrir el gran amor que Cristo hombre ha hecho llegar de parte del Padre a todo el género humano.

c. Este encuentro, si lo es de veras con Teresa, lo será con Cristo, fomentando nuestra vocación de discípulos misioneros en América Latina, que llevan el consuelo y la esperanza en medio de la realidad convulsa que nos toca vivir. Tiempos recios, como los que ella vivió, en los que estamos llamados a sembrar esperanza.

d. Tantas veces nos sentimos tentados a renunciar a cambiar nada, creyendo que el destino del mundo lo deciden otros distintos a nosotros. Santa Teresa de Jesús nos llama a dar una respuesta, nos reta a asumir la propia responsabilidad (personal y comunitaria) a través de la congruencia de vida, a ser perseverantes («determinada determinación»), a crear comunidad, a ser justos y solidarios. Podemos y debemos cambiar la sociedad mejorándola pero, con Teresa, hemos aprendido que cualquier transformación social arranca de la transformación personal de quien se sabe amado y digno y, así, siembra esperanza.